
LA NOVELA
DE HOY
41
V. de S.
30
ctms.
EL REGALO DE LA
MUERTE. por ALBERTO
INSUA.

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZÁBAL, 42, 2.° :-: Apartado número 473

Año II	Madrid, 23 Febrero 1923	Núm. 41

El regalo de la Muerte

NOVELA

por

ALBERTO INSUA



Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20
1923

El regalo de la Muerte

I



L milord rodaba sobre el asfalto del paseo de coches del Retiro. Sus dos ocupantes guardaban silencio. Eran una dama de pelo blanco y sonrisa resignada y una damita de ojos obscuros y labios sanguíneos como dos pedazos de corazón.

La dama, sin dejar de mirar algo que no veía, dijo:

—¿María Isabel?

La damita, sin cesar de investigar el interior de los coches que se cruzaban con el suyo, respondió:

—¡Mamá!

—¿Qué buscas?

—¿Yo? Nada, mamá. Siempre me preguntas lo mismo. No busco nada: curioseo...

La dama ahogó un suspiro.

—Creí que mirabas por ver si está Ricardo...

—¿Ricardo? Pues sí; por ver si está Ricardo...

—Vamos, María Isabel, ¿quieres decirme al fin cómo quieres a Ricardo?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabes? Le quiero como a un hermano, como al hermano que no he tenido...

—¡Como a un hermano! Entonces, ¿no te casarás con él?... ¡Y yo que ya estaba tranquila respecto a tu porvenir; yo que me consideraba tan dichosa pensando que, muerta yo, tendrías en ese hombre, que es la bondad y la rectitud mismas, quien te defendiera contra los choques de la vida!...

Hizo una corta pausa, que la hija no interrumpió.

—Ricardo es el ideal de marido que yo me había formado para ti. Un hombre que ha llegado a los treinta y ocho años sin corromperse... Cuando se quiere sosegadamente, sin los arrebatos de los veinte, que engañan tanto... ¿Te das cuenta? Además, no es un hombre vulgar, y la vida junto a él tiene que ser todo lo agradable que puede ser la vida. Y, por si fuera poco, está enamoradísimo de ti...

María Isabel permanecía callada; su madre continuó:

—Yo ya veía que tu cariño distaba mucho de ser igual al suyo; pero creí que era así tu manera de querer... Aun no te conozco del todo, hijita...

—No es eso, mamá—respondió al fin la hija—; tú me conoces perfectamente; lo que pasa es que en esto has sufrido una equivocación. Has creído que mi cariño a Ricardo era amor. Era natural que lo creyeras, y ahora pienso que quizá también él se lo figure así. Me va a dar mucha pena hacerle comprender su error; pero será preciso. Yo le quiero mucho: verás por qué... Tú sabes cómo soy yo: ten-

go el alma rebosante de ternura, que deseo siempre poner en una persona que lo merezca. Yo tenía necesariamente que querer a Ricardo. Es tan bueno, tan simpático, tiene tanto talento y me comprende tan bien... Un momento pensé que lo que yo sentía por Ricardo pudiese llamarse amor... ¡Qué felicidad si hubiese sido así! Como tú, me imagino lo que debe ser la vida al lado de Ricardo. Sin embargo, he meditado mucho, me he estudiado, y no es amor, créeme; es amistad. Es una lástima que sus sentimientos por mí no sean los mismos...

Ahora era la madre la que escuchaba sin interrumpir. La hija proseguía:

—Yo no sé lo que es el amor; pero presiento que sea algo infinitamente más intenso, más alegre y más triste... Además estoy segura de que yo no podré engañarme nunca. Cuando me enamore será porque habré encontrado el amor único. Es posible también que no lo encuentre nunca. Yo creo que hay un amor verdadero para cada dos seres; pero que estos dos seres suelen estar muy lejos uno del otro, y que el amor no tiene poder sino cuando llega a completarse. Muchas veces la fatalidad se pone frente a él, y le obliga a andar errante mientras dura la vida de los seres en que encarnó. Entonces...

María Isabel dejó de hablar, y la madre no tuvo fuerza ni valor para pronunciar una sola palabra. Las esperanzas y los anhelos que su hija le revelaba habían sido los suyos. A los veinte años, ella también creyó en ese amor único, completo... Lo esperó. Es más: su corazón sediento lo buscaba, y, también segura de no equivocarse, fué a poner la inmensidad de su pasión en quien fingió corresponderla. Y, no obstante, ella no se había equivocado: aquel hombre era el que ella tenía que amar, puesto que era el que aun quería a pesar de sus traiciones. Entonces, ¿por qué no la había querido él?...

Doña María pensaba con terror que la vida de su hija pudiese ser una repetición de la suya, que rememoraba. Su adolescencia feliz en la casa paterna, sin inquietudes, participando con sus padres de una gran fortuna y una felicidad tranquila y con el alma llena de romanticismo: alma que encontró perfectamente preparada Luis Alverola para envolverla en cuatro frases que supieron emocionarla y que se entregó sin reservas, segura de haber encontrado la felicidad... Felicidad que duró hasta que murieron sus padres, muy pronto desgraciadamente: el tiempo que Alverola tardó en olvidar que él no había llevado al matrimonio más que un apellido que sonaba bien y unos trajes bien hechos. Pronto se acostumbró a la riqueza, y pronto también se olvidó de que ésta pertenecía a su mujer. El amor y la dignidad de ella no le permitían recordárselo, y entonces el casino, los automóviles, los caballos y las mujeres fueron alejándolo poco a poco de la casa hasta hacerlo un extraño.

Otra mujer, una mujer que no hubiera querido como quería ella, se habría refugiado en los tes de sociedad, en los modistos y en el *flirt*, y entonces la hija, nacida de la breve época de amor, quedaba a merced de la frivolidad. Ella puso en aquella hija todo el amor que desdeñara el padre, vivió para ella, y, sin darse cuenta, le inculcó sus ideas, le infundió el fuego de su alma...

El coche seguía rodando por el paseo de coches del Retiro. Empezaba a obscurecer y ninguna de sus ocupantes daba la orden de pasar a la Castellana.

La madre y la hija seguían ensimismadas en sus pensamientos... El crepúsculo de aquella tarde de septiembre ejercía su influencia de una manera muy distinta en sus dos almas. La hija soñaba..., deseaba..., esperaba... La madre sufría..., veía a su hija eternamente desgraciada y por causa suya... Veía



que su obra, construída con demasiada ilusión, se desplomaba hundiendo a la que había querido proteger...

Iba a cerrarse el Retiro y el cochero decidió salir sin esperar la orden.

Las luces de la calle de Alcalá trajeron una ráfaga de optimismo al corazón de la señora de Alverola. Después de todo, ¿por qué no había de encontrar María Isabel el amor verdadero? ¿Por qué no había de ser feliz? Siempre tenía sobre su madre dos ventajas que la ayudaban: el ejemplo de la desventura de ella y un carácter menos vehemente, más reflexivo. ¡Lástima que la parte de amor que correspondía a María Isabel en la vida no hubiese encarnado en Ricardo!...

Sin embargo, según las teorías de madre e hija, Ricardo Márquez tampoco podía sentir un amor verdadero por María Isabel, puesto que no se completaba con el de esta última.

Y así era. Ricardo Márquez quiso y a Ricardo Márquez le quisieron con ese amor; pero la mujer adorada había muerto. Márquez no podía volver a querer como entonces; pero sí podía querer suavemente, con ansias de ser consolado y distraído. Los hombres se resignan menos que las mujeres a la soledad, y no suelen saber vivir del recuerdo. En María Isabel vió la esposa cristiana que sabría honrar su nombre y mantener su posición ya segura y próspera.

A la tercera conversación con María Isabel la conocía perfectamente. No era extraño. María Isabel llevaba asomado a los ojos el corazón: un corazón formado solamente de amor y de nobleza. Empezó admirándola y acabó queriéndola con un cariño suave, un poco paternal, como si desease proteger con sus treinta y ocho años los veinte de ella, y buscase

como pago, en su juventud, el deseo y la alegría de vivir.

María Isabel aceptó aquel cariño y lo recompensó. ¡Estaba tan necesitada de un poco de protección masculina! Toda la ternura que debiera haber merecido de su padre la obtuvo de Márquez, el cual, antes que doña María, y sin tener que preguntárselo a María Isabel, supo que debía renunciar al proyecto de hacerla suya.

No se desesperó. Se resignó a la idea de que María Isabel no viviría con él, no sería la madre de sus hijos. Pero él podría seguir viéndola todos los días, contarle los detalles más insignificantes de su vida, pedirle consejo sobre alguno de más importancia si lo había, y, cuando ya casada con otro, María Isabel tuviese hijos, él podría sentarlos sobre sus rodillas con un afecto familiar. Y, después de muchos años, cuando ya no hubiera lugar al "qué dirán", estaba seguro de que María Isabel aceptaría bajo su techo al hombre que había sabido ser su amigo, su padre, su hermano, a falta de haber sido su esposo.

* * *

El milord entraba en la calle de Sevilla, ya de retirada. Los de Alverola vivían en un hotel de la calle de la Princesa.

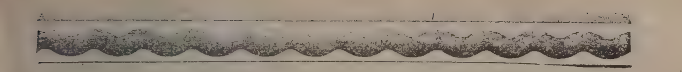
Los ojos de María Isabel investigaban inquietos entre la muchedumbre. Su corazón esperaba, presentía algo, feliz o adverso, que tenía necesariamente que llegar. María Isabel le temía a lo desconocido y lo deseaba.

El coche desembocó en las Cuatro Calles e iba a tomar la Carrera de San Jerónimo. Una larga fila

de carruajes le impidió hacerlo inmediatamente: había que dejar el paso franco a los que venían en sentido contrario y que avanzaban lentamente.

Entonces la mirada de María Isabel vaciló y se apagó un momento bajo las pestañas negrísimas, como deslumbrada. Unas pupilas intensamente azules se clavaban en sus ojos con insistencia extraña, casi con cierta dureza, como queriendo penetrar hasta el fondo de su alma, absorberla, adueñarse de ella en el mismo instante.

El coche arrancó bruscamente y María Isabel experimentó una sensación análoga a la que produce la sombra cuando se ha contemplado un instante, con fijeza, el sol.



II

Tuvo el presentimiento de que aquellas pupilas azules habían de tener una influencia directa en su vida. Ignoraba quién era el hombre que la había mirado; es más, no tuvo tiempo de fijarse en los rasgos de su rostro; sólo recordaba su mirada extrañamente luminosa, la primera mirada de hombre que la emocionaba con una profundidad desconocida y parecía no poder ya borrarse de su imaginación.

No hacía el menor esfuerzo por olvidar. Todo lo contrario: ansiaba ardientemente que sus ojos obscuros se encontrasen de nuevo con las pupilas desconocidas y que la bañase la luz de aquella mirada única.

No tardó en experimentar por segunda vez aquel placer deseado. Fué una tarde, quince días después del primer encuentro, en la calle de Alcalá. El salía del camino; el coche de María Isabel pasó rápido, pero dió tiempo a que se reconociesen y a que ella viese *del todo* al dueño de los ojos azules. Era alto, delgado, de porte aristocrático. La cara larga, el perfil correcto, la boca de labios delgados; blanco y rubio: el tipo de los Austrias, perfeccionado.

María Isabel le había visto un instante; sin embargo, aquella figura y aquellas facciones las dibu-


V. de S.

jaba mentalmente con tanta precisión como las de su madre. Y empezaba a preguntarse, un poco asustada, si no iría a enamorarse, si la sensación desconocida que le producía el choque de su mirada con la de aquel hombre, no sería el amor. A pesar de temer vagamente aquel amor, lo deseaba, adivinando que era el esperado, *el divino*.

El tercer encuentro hizo más palpable sus esperanzas. Salía ella de una tienda de la calle del Arenal; su madre la esperaba en el coche parado a alguna distancia; *él* surgió a su lado, apresándola una vez más con la magia de su mirada extraña, y con una voz cálida y un poco velada le susurró al oído:

—¡Quién pudiese quererla a usted!

María Isabel apretó los labios, pero no pudo impedir que sus ojos respondiesen:

—¡Usted, usted mismo! ¿Por qué no ha de poder quererme usted?

Y saltó dentro del coche con el corazón lleno de júbilo y de tristeza a un tiempo. Aquello era el amor, como ella lo creía y como era en realidad: algo muy intenso, muy alegre y muy triste.

* * *

La señora de Alverola hacía una vida sedentaria. La casa, algunas visitas, la costura para los pobres y, para que su hija se distrajese, los paseos en coche y los teatros de vez en cuando. Ella no había vivido más que para María Isabel, y ésta, sabiéndolo, en justa recompensa, no vivía más que para su madre. No trataba muchachas de su edad, excepto las hijas de algunas amigas de su madre, a las que veía de tarde en tarde. No frecuentaba los "tes dansants", ni los teatros, ni los "cines" de moda; nada de eso la atraía. María Isabel tenía dinero, y su

madre no se hubiese negado a ningún capricho suyo; pero la vida "a la moderna" no la seducía: había visto de todo un poco y no deseaba reincidir. Muchas muchachas habrían deseado la libertad de que gozaba María Isabel: quizá no supiesen que la señora de Alverola dejaba a su hija hacer lo que quisiera porque estaba perfectamente segura de que no incurriría en nada reprochable.

María Isabel no podía ser frívola. Sabía que se viene al mundo para hacer algo más que bailar, *flirtear* y comprar trapos. Sabía que cada mortal debe cumplir una misión impuesta por los otros o, en su defecto, por sí mismo. No comprendía el egoísmo. Ella necesitaba vivir para alguien, por algo; por eso su vida entera la consagraba a su madre, tratando de hacerla olvidar la indiferencia injusta y cínica de su esposo.

Madre e hija sólo se separaban unas dos horas al día: las que empleaba María Isabel en su paseo higiénico. El médico la ordenaba andar mucho para contrarrestar los efectos de una vida excesivamente quieta. Como doña María no podía acompañarla, y ella consideraba ridícula la farsa de la señora de compañía, todas las tardes, a las tres, vestida con un traje sastre de corte intachable, que hacía resaltar la elegancia de su silueta; un sombrero pequeño, sin adornos, y calzada con zapatos cómodos de ante, emprendía completamente sola el camino de la Moncloa.

A las cinco estaba de vuelta con la boca seca, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Su madre la esperaba junto a la mesita del te, y mientras se quitaba los guantes y el sombrero, ella le preparaba la taza, pensando en que se hacía esperar la tarde en que pudiese preparar también la de su yerno.

Algunas veces las acompañaba Ricardo Márquez, y al sentirse los tres tan unidos, tan compenetrados en-

tre sí, deploraban interiormente que el lazo que los unía no fuese más que el de la amistad.

En una época María Isabel era quizá la que más sentía no poder proporcionarle a su madre la alegría de verla dichosa; después tuvo la esperanza, y, más tarde, la certidumbre de que otro hombre tan bueno como Márquez habría de hacer la felicidad de las dos.

* * *

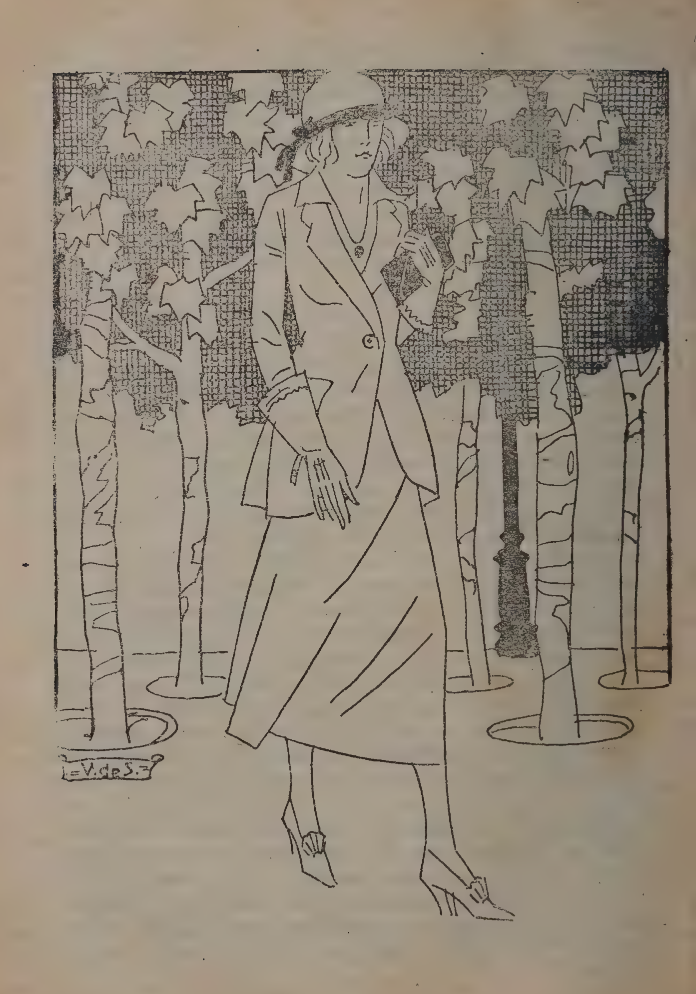
Aquella tarde clara de principios de otoño, María Isabel caminaba alegre, como el día, satisfecha de vivir. Su conciencia, limpia como el cielo que contemplaban sus ojos, aguardaba tranquilamente una dicha que creía merecer. ¿Cuánto tendría que esperar? Eso era lo de menos; le quedaban aún muchos años de juventud y su imaginación le proporcionaba anticipaciones encantadoras de su amor.

Atravesaba la calle del Marqués de Urquijo ensimismada en sus fantasías, cuando la sobrecogió la luz mágica de la mirada azul... Siguió andando, creyendo que no era él realmente, sino la figura que su imaginación evocaba sin descanso. Para cerciorarse volvió la cabeza. Era *él*, en efecto; *él*, que venía detrás de ella a algunos pasos de distancia.

Hasta la entrada de la Moncloa la siguió respetuosamente, adelantándose algunas veces y acortando luego el paso para envolverla en su mirada fascinante.

Frente a Parisiana se acercó resuelto y, quitándose el sombrero en un ademán de naturalidad exquisita, le dijo con una sonrisa suplicante:

—¿Le molestaría mucho, señorita, que me atreviese a presentarme a usted prescindiendo de las reglas sociales, que no suelen servir más que de obstáculos?


=V. de S.=

Lejos de molestarse, María Isabel lo encontraba naturalísimo. ¿Qué necesidad había de mezclar a una tercera persona en la unión de dos almas predestinadas? No pensó ni un momento que aquel hombre pudiese ser indigno de ella; sólo tenía tiempo para pensar que le quería, y él a ella, estaba segura; y esto la llenaba de una alegría inmensa, infinita. Era el amor lo que la unía a aquel hombre: el amor, que "no admite cuerdas reflexiones", según Rubén Darío.

Con una mirada accedió a su ruego, y entonces él buscó en su cartera una tarjeta que decía así:

JAIME IRAZABAL

INGENIERO DE MINAS

Serrano, 43.

María Isabel guardó la tarjeta en el bolsillo de su levita, y tendiéndole la mano, dijo:

—María Isabel Alverola, Princesa, 18.

Con la mayor naturalidad, como si se conociesen de antiguo, preguntó él:

—¿Va usted a la Moncloa?

Y a un gesto afirmativo de ella, continuó:

—¿Me permite usted acompañarla?

—¿Por qué no?

Y María Isabel comenzó a descubrir una belleza nueva en aquel paisaje que había contemplado sola tantas veces. Los árboles empezaban a rendirse a la seducción triste del otoño: sus hojas pálidas, doradas y bermejas, palpitaban bajo un cielo diáfano antes de abandonar, suavemente, el débil tallo que las sostenía. La sierra era una tortuosa pincelada que hacía resaltar la amarillez del llano. En todo encontraba María Isabel gracia, simpatía y una ternura envolvente, estimulante, que infundía gozo a su co-

razón y elasticidad, casi ingrávida, a sus miembros: creía caminar sobre una substancia aérea que la transportaba a no sabía qué regiones de ventura transparente e interminable. Creía percibir un olor de rosas invisibles, pero cercanas, tan cercanas que se sorprendía de no hallarlas junto a su pecho. Sonreía, embriagada, turbada por el perfume de su felicidad. La conversación no parecía iniciarse, sino proseguir. Les parecía tan natural estar uno al lado del otro, hablarse, mirarse de cerca, en los ojos, como si se hubiesen despedido la víspera. Ella entregaba por entero su alma, incapaz de sospechar una traición ni un engaño. El hablaba con una facilidad de expresión maravillosa, y con una voz cálida que penetraba suavemente hasta el fondo de su ser. Era ingenioso, delicado y brillante, aunque una reserva melancólica pareciese flotar en sus palabras. Ella habló de su vida, de sus esperanzas, de sus anhelos, con una ingenuidad casi infantil, con una confianza repentinamente creada por el amor.

Se despidieron donde se habían encontrado: en la calle del Marqués de Urquijo.

—A usted le conviene tomar el 11—dijo ella—. A mí me falta muy poco para llegar a casa.

—Entonces, ¿hasta mañana, a las tres, aquí mismo?—dijo él.

Y ella respondió, aceptando, más con los ojos que con la voz.



III

La señora de Alverola vió entrar a su hija en el saloncito con las mejillas más sonrosadas que de costumbre y con una sonrisa inefable. En toda ella había un resplandor de belleza y de felicidad.

Sin quitarse el sombrero ni los guantes fué a arrodillarse delante de su madre, la tomó la cara y, entre besos, casi al oído, le contó el prólogo de su dicha. El libro que empezaba entonces prometía ser encantador.

Doña María no hizo más que pedirle que probase bien la fortaleza de su cariño antes de atarse por toda la vida. Por lo demás, no se oponía en nada a su voluntad; tenía en ella una confianza tan ilimitada, la quería y admiraba tanto, que encontraba perfectas sus ideas y sus decisiones. Y, como su hija, se entregaba confiada a la felicidad que aparecía en la persona de un hombre de elegantes maneras y con los ojos zarcos.

* * *

María Isabel comenzó a vivir unos días maravillosos. La mañana volaba, pensando en el momento de encontrarse al lado de Jaime. La tarde y la no-

che eran escasas para contener los recuerdos de aquellas dos horas de conversación apasionada, idílica. Dos horas durante las cuales María Isabel sentíase arrebatada a un mundo celestial. Casi se asustaba de ser tan feliz. ¿No sería un sueño delicioso, imposible de realizarse en la tierra? Entonces hundía su mirada en la mirada mágica de Jaime, y encontraba en ella la certidumbre de su felicidad.

El hablaba, hablaba... Sus frases no eran sino poesía: no había ni sombra de prosa en aquel idilio del más puro corte romántico. Es decir, a veces él parecía entristecerse cuando ella se exaltaba hablando de su cariño y de su ventura... Entonces entreabría los labios para decir algo, algo que la alegría de ella paralizaba en su boca, y concluía murmurando:

—Te adoro, María Isabel. Dime que me querrás siempre sobre todo y a pesar de todo.

—Siempre—respondía ella, ofreciéndole en los ojos la claridad de su alma—. Siempre Jaime, sobre todo y a pesar de todo.

* * *

Aquella tarde, al volver a su casa María Isabel, le propuso su madre ir por la noche al teatro de la Princesa. María Isabel llamó por teléfono para que le reservasen una platea. Junto al aparato pensó:

"¿Y si le avisase a Jaime? Así lo conocería mamá. Seguramente tiene teléfono."

No tardó en encontrar el número en la guía. La señorita de la Central, con una fineza inusitada, puso la comunicación en el acto. Y una voz femenina llegó al oído de María Isabel.

—¿Dígame?

—¿Es la casa del señor Irazábal?


=V. de S.=

—Sí, señora; es.

—¿Puede ponerse al aparato?

—No, porque no está en casa; pero si tiene usted algún recado puede dármelo a mí: soy su señora...

María Isabel creyó haber oído mal.

—¿Cómo dice usted?

—Que puede usted hablarme a mí. Soy la señora de Irazábal.

María Isabel no comprendía y volvió a preguntar:

—¿La madre de Jaime?

La voz respondió un poco sorprendida:

—No, no, señora: la se-ño-ra del Jai-me I-ra-zá-bal...

María Isabel quedó abrumada, como si acabasen de golpearla en la nuca, con la lengua adherida al paladar y los ojos fijos, apretando el receptor a su oreja hasta hacerse daño.

La voz se impacientaba:

—¡Central!... ¡Central!... ¿Es que ha cortado la comunicación?

María Isabel pudo hablar al fin, y en una voz estridente pronunció las palabras que le dictaba el cerebro, mientras el corazón desfallecía de doloroso espanto.

—¿Me oye usted? Parece que cortaron un momento la comunicación.

—Sí, la oigo—dijo la voz—; siga usted.

—Bueno, pues dígale usted a su marido que ha llamado la señora de Alverola, ¿entiende usted? Al-ve-ro-la, para decirle que su hijo ha tenido que marcharse y no ha tenido tiempo de despedirse y no sabe cuándo volverá; así, que no vaya mañana a Marqués de Urquijo. ¿Me entendió bien?

—Sí, señora, perfectamente.

—Entonces, adiós.

Era la primera vez que mentía María Isabel.

¿Por qué lo había hecho? Porque pensó, con una rapidez y una claridad que después a ella misma le extrañaban, que ella no debía volver a ver a Jaime; que por su dignidad misma tampoco debía decirle la verdad a su mujer, y se le ocurrió aquella forma de dejarlo todo concluído... Porque él comprendería el recado.

Todo esto lo pensó y ejecutó la cabeza, que tenía un poderoso dominio sobre María Isabel; pero el corazón sufría los suplicios del desengaño, de la ofensa, de la duda. ¿Habría interpretado Irazábal de una manera equívoca su acogida? No; imposible. En el primer momento, quizá; pero en seguida, al saber quién era ella, su familia y su posición, tuvo que comprender que no se trataba de una loca ni de una coqueta, sino de una enamorada. ¿Sería que, observando la impresión que había hecho sobre ella, quiso rendir a su albedrío una voluntad más? Tampoco. Jaime no era un seductor de oficio, un tenorio. Como ella, había sido arrastrado por la fuerza de la pasión, sin detenerse a pensar en lo amargo del desenlace, fatalmente próximo, pues aquella situación falsa no habría podido prolongarse mucho.

Ninguna conclusión le parecía completamente exacta a María Isabel y empezaba a arrepentirse de la brusquedad de su ruptura. Necesitaba una aclaración, que él se sincerase, para poder perdonar. Quería perdonar, porque, a pesar de todo, comprendía que su cariño no había disminuído ante el obstáculo que se alzaba entre los dos, sino aumentado más bien.

Sentía ansias de consuelo, de mitigar su dolor junto a su madre, pero la razón le señalaba el camino de las almas fuertes: debía sufrir sola y no proporcionarle una pena a su madre. Sería preciso fingir, mentir, todo antes que aquélla pudiese reprocharse a sí misma el dolor de su hija.

Porque María Isabel sabía perfectamente que su madre se consideraría culpable: primero, por no haber combatido los idealismos de su hija, y después por no haber hecho la menor averiguación respecto a Jaime. Y sabía también que si su madre hubiera querido oponerse a su romanticismo habría sido inútil: se nacía así. Y aunque la triste verdad se hubiese sabido al día siguiente de su primera conversación con Jaime, el dolor también habría sido el mismo, porque ella había nacido queriéndole.

Entonces, ¿no era mejor evitarle una pena más a aquella mujer que sólo esperaba en la vida la felicidad de su hija?

Cuando la berlina las llevaba a la Princesa, María Isabel creyó que era el momento más oportuno para decir en la obscuridad del coche, que le permitía ocultar su alteración:

—¿Sabes, mamita, que mi... amistad con Jaime Irazábal ha concluído?

La señora de Alverola se volvió asombrada.

—¿Qué dices, María Isabel?

—Que ha sido una equivocación... Afortunadamente lo advertí a tiempo. Tampoco era el amor, mamá...

—Pero de ese modo no vas a encontrarlo nunca— suspiró casi aterrada doña María.

—¡Quién sabe, mamá! Estaba en un error; quizá Ricardo...

Sintió hiel en los labios al pronunciar estas palabras, que en cambio hicieron un gran bien a su madre.

—¿Sería posible?

—Puede ser... Pero no sé cuándo... Además, no hay prisa... Yo soy aún muy joven, él no es todavía viejo; no tenemos que apresurarnos...

—Hablas con una frialdad...—comentó la madre.

—No, mamá; es mi carácter. ¿Y no crees que es preferible no ser apasionada? Se sienten menos intensamente los pocos goces que da la vida, pero son también menos intensos los dolores.

María Isabel mentía. Nadie más sensible ni más apasionada que ella; pero su voluntad le daba fuerzas para emprender la penosa subida de su calvario.

Consiguió que su madre no sospechase la terrible verdad y convencerla de que la desilusión no la había hecho sufrir apenas nada.

Pero una vez en la soledad de su alcoba, las lágrimas contenidas oprimían su pecho produciéndole una angustia desesperante. Imposible dormir. Ante ella aparecía su porvenir árido, sin cariño, más trágico todavía: con un amor inmenso que era preciso olvidar. Su mayor dolor era no volver a ver a Jaime. Y en un momento de rebeldía del corazón contra la razón, asió el auricular del teléfono, colocado sobre una mesilla de su gabinete, y llamó...

Después de pedir el número se dijo que era una locura; en aquella casa estarían dormidos. ¿Y si acudía otra persona en lugar de Jaime?...

Ya iba a colocar el aparato cuando "su" voz sonó distintamente en su oído.

—Dígame...

El amor y la razón de María Isabel lucharon todavía un instante: triunfó el primero.

—¿Eres tú, Jaime?

—¿Tú?—dijo la voz de él, velándose de emoción al reconocer la de ella.

—¿Te dieron el recado?

—Sí...

—¡Calla! No digas nada ahora... mañana... Ven mañana, como siempre, ¡ven!

Sin esperar una respuesta abandonó el aparato.

La noche fué horrible. Al amanecer, el mismo

exceso de pesadumbre la hizo caer en una especie de sopor inconsciente.

Y la mañana fué un verdadero martirio. No debía ver a Jaime. No iría aunque se muriese de pena. No iría...

Sin embargo, a la hora de costumbre tomó maquinalmente un sombrero, un abrigo y salió...

No sabía dónde iba ni por qué, hasta que tuvo las pupilas zarcas fijas en las suyas, con una expresión de tristeza honda, noble, irremediable.

Sin poderse contener extendió hacia él sus manos, que él oprimió hasta lastimarlas.

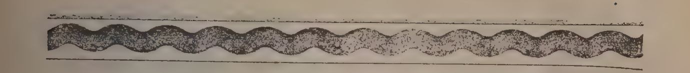
—¡Jaime!

—¡María Isabel!...

El fué a hablar; ella lo detuvo con un gesto:

—No, aquí no; espera... Ven.

Silenciosos, sin mirarse, dolorida ella, anonadado él, emprendieron el mismo camino que durante ocho días seguidos habían andado con los ojos en los ojos y una sonrisa de felicidad en los labios.



IV

Cerca de la Escuela de Agricultores ella se dejó caer en un banco.

—María Isabel—susurró Jaime a su lado—. He sido un infame, no merecía volver a verte en mi vida; te he engañado... a ti, toda confianza y lealtad... Pero te juro que ni un solo instante hubo en mí una idea torcida, una mala intención...

Ella callaba.

—Me gustabas tanto y de un modo tan distinto a como me han gustado las otras... Sabía que eras imposible para mí... Pero ¿qué quieres? Te vi sola, me miraste, y yo, sugestionado y olvidando que nos separaba un abismo, me acerqué a ti.

María Isabel seguía muda, con la mirada fija en el vacío; él, con la cabeza inclinada, continuó:

—Después de estar a tu lado, de oír tu voz, de ver que tú me querías, ya no pude retroceder... Todos los días, después de separarnos, resolvía no volver a verte; pero al acercarse la hora de nuestra cita no me resignaba a que tú creyeses que yo no te quería... Cualquier cosa antes que eso... Y venía decidido a confesarte la verdad... Luego, ante tu sonrisa maravillosa, no tenía valor... Yo, que daría la vida por hacer tu felicidad, he venido a atrave-


V. de S.

sarme en tu camino para hacerte desgraciada... Perdona, María Isabel... Pero yo soy aún más desdichado que tú. Yo, que tengo el suplicio constante de ver a otra mujer en el lugar que deberías ocupar tú...

—Jaime—murmuró al fin María Isabel—, ¿por qué te casaste tan pronto?

—¿Por qué? Por torpeza, porque... me gustaba, porque creí que la quería, porque era y es aún bonita y buena... Mira, es casi tan bonita como tú, es casi tan buena como tú, pero... no eres tú, y tú eres la mujer creada para mí... Al año de casados, cuando, ¿cómo te diría yo?, cuando me fatigué de su belleza, comprendí mi error. Pero aun no era una gran desgracia. Yo había dejado de estar enamorado de ella, pero seguía estimándola... Ella seguía sintiéndose feliz: no es soñadora, tiene una casa bonita, un "auto", pieles, joyas, vestidos, un nene blanco y rubio que es la admiración de Recoletos y un marido que no le da disgustos; no cree que exista felicidad mayor. Tiene una verdadera suerte en haber nacido frívola. Yo me conformaba... Apareciste tú, revelándome que es posible reunir en la tierra todos los goces... Ahora mi vida está ya amargada, truncada... ¡Perdóname, María Isabel!...

—¡No he de perdonarte, Jaime!—murmuró ella lentamente—. Por ti soy desgraciada, pero por ti he sido dichosa, todo lo dichosa que es posible ser... Sin ti mi vida habría sido de un tedio mortal; prefiero este dolor a haber vivido sin conocerte. Y aun me considero dichosa sabiendo que el hombre que yo quiero me quiere... Tú no me has engañado; no has hecho más que quererme... ¿No he de perdonarte? El cariño de mi madre me sostendrá; tú vive para tu hijo, para ese hijo que debió ser nuestro...

María Isabel se puso en pie y sus miradas se

unieron en un ansia heroica, como queriendo en un minuto abarcar enteramente la vida que el Destino no les permitía vivir.

—¡Adiós, María Isabel!

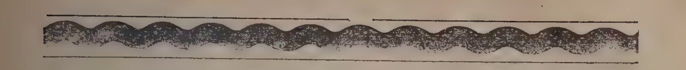
—¡Adiós, Jaime!

* * *

No volverían a verse. El la quería demasiado para ofenderla ofreciéndole una pasión oculta e incompleta, que no aceptaría nunca María Isabel, y no por miedo a la opinión ajena, sino porque su alma, estrictamente cristiana, se lo impedía.

Y era así María Isabel: por intuición distinguía siempre el bien del mal. No sabía lo que era el mal, pero estaba perfectamente segura de lo que era el bien.

Un amor clandestino le parecía mal. María Isabel no lo admitiría nunca, no por temor al castigo eterno, sino porque no habría podido ser dichosa en un hogar creado a costa del derrumbamiento de otros dos hogares. Para María Isabel, siendo mucho el amor, había algo más fuerte que el amor humano: el amor de temple glorioso que animaba a los redentores y a los mártires y se resumía en la palabra "sacrificio".



V

El invierno, con sus lluvias, vino a darle motivo para renunciar a sus paseos solitarios. El día entero lo consagraba a charlar con su madre, a distraerla. Antes solía guardar silencios prolongados. Ahora hablaba, reía y hasta cantaba...

Doña María estaba satisfecha: su hija se aclimataba por fin a su siglo, y seguramente no tardaría mucho en considerar el matrimonio como un asunto comercial, que era como lo consideraban casi todas las mujeres de ahora. Entonces tendría asegurado el bienestar. Y con toda su alma se alegraba del triunfo de lo que ella llamaba positivismo, precisamente por contar sólo decepciones en su vida de mujer romántica.

Pero María Isabel no había cambiado más que en apariencia. Era necesario despistar completamente a su madre. Lo había conseguido, y con la alegría de ella se consideraba suficientemente recompensada de su sacrificio. María Isabel gustaba de hacer el bien en torno suyo y de esparcir la felicidad a costa de su dolor.

Y sentíase casi dichosa: el sufrimiento había llegado a ser un placer para ella, un placer de índole ascética que iba dando a su vida un aire activo y

fértil de santidad. No era María Isabel un alma apocada y pobremente contemplativa, sino un espíritu fuerte e ingenioso que acertaba a transformar en manantiales puros las aguas amargas del dolor.

Ya se veía envejeciendo junto a su madre, para quien la indiferencia del marido frívolo y egoísta equivalía a una viudez. Gracias a "su comedia" los últimos años de su madre serían apaciblemente dichosos, y cuando ella la abandonase... ¡Ah!, no quería pensar lo que haría entonces... La desaparición de su madre era una posibilidad todavía remota.

Sin embargo, aquel mismo invierno, una mañana, doña María no pudo levantarse. A los tres días se declaraba una bronconeumonía y dos semanas después sobrevenía el desenlace funesto.

María Isabel se encontró sola y entregada a sus propias fuerzas. Antes su vida era triste, pero tenía un fin. Ahora era inútil, absurda. Su padre no se ocupaba de ella para nada: aquel padre que sólo lo había sido oficialmente y que había hecho la desgracia de su madre. No le guardaba rencor, pero tampoco se creía obligada con él.

Un momento se reprochó esta frialdad. ¿No debía acercarse a aquel hombre? ¿Intentar de nuevo lo que su madre no había podido conseguir: que en su espíritu rudimentario prendiesen algunos granos de ternura, de compasión? Sus tentativas fracasaron en absoluto. Su padre no ofrecía asidero: era insensible e impermeable, una superficie llana y glacial para cuanto no fuesen los placeres toscos a que le empujaba su sensualismo. Renunció a él.

Su existencia no sería completamente estéril, porque la renta considerable heredada de su madre iba a permitirle "practicar el bien". Aunque sospechaba que no bastaría a calmar sus ansias de vida el ejercicio de la misericordia... ¿Entonces?


V. de S.

Leía o se afanaba en labores domésticas para no pensar...

* * *

Entre los árboles desnudos de la Moncloa se dió cuenta de que había salido, de que estaba al aire libre, bajo un sol cuyos resplandores brillantes y fríos eran como los de un inmenso diamante. ¿Por qué había llegado hasta allí? Instintivamente, por respirar, para tomar ánimos viendo cómo la hierba y los árboles crecen y viven sin tener alma. Ella era una parte de la Naturaleza, y hasta que ésta lo quisiera tendría que vivir por vivir...

Caminaba sin rumbo fijo. El cerebro, aletargado, dejaba al instinto que la guiase.

Una voz que vivía en todo su ser sonó realmente junto a ella.

—¡María Isabel!

Pestañeó como el que se despierta bruscamente ante una luz demasiado viva. Después, una alegría inmensa brilló en sus ojos, hizo un movimiento como para ir hacia él, pero se contuvo; sus manos siguieron enlazadas bajo el manto, oprimiéndolas hasta martirizar una con otra; los labios volvieron a tener su sonrisa resignada, y los ojos el brillo opaco que le daban las lágrimas contenidas.

—¡Jaime! ¿Tú?

—Perdóname, María Isabel. He sabido tu desgracia. Ha sido el mayor de los tormentos no poder estar a tu lado, no poder sufrir contigo... Por acercarme a ti he pasado por tu casa para sentir aún más que entre tú y yo sólo hay una pared y una puerta, pero que la vida ha hecho infranqueables para mí... Hoy te he visto salir, y, a pesar de todos

mis esfuerzos, me he atrevido a acercarme. ¿No me rechazas?

—No—articuló ella palideciendo.

Le faltaba heroísmo para prescindir de aquel socorro inesperado y volver fríamente a su soledad. Jaime, que no podía ser el amor, iba a ser el refugio amistoso, el oasis de aquel desierto de su pobre vida. Lo pensó así, quiso creerlo así...

Al despedirse no se dijeron "hasta mañana". Sin embargo, al día siguiente se encontraron, y así varias veces más. Hasta que llegó un instante en que, hablando, sus manos se oprimieron y sus labios se buscaron instintivamente. Entonces ella se levantó espantada:

—¡No, Jaime, no! Mátame antes...

El, tembloroso, balbuceaba:

—Vida, amor mío, esto no, lo sé... Pero ven..., huyamos... No podrás sufrir porque no te dejaré un instante, no tendrás tiempo para el dolor. No dudes: nuestra juventud y nuestro amor triunfarán de todo...

Ella movió la cabeza.

—No, Jaime, eso tampoco. Si tú, aunque casado, estuvieses solo; si fueses tú el abandonado, yo te entregaría mi vida. Pero tienes una mujer que no te ha hecho ningún mal y que tú hiciste tuya creyéndote enamorado; ella no tiene la culpa de tu error, y tú no tienes derecho a truncar su vida. Sobre todo, Jaime, tienes un hijo... Y yo no permitiré nunca, nunca, que por mí fueses a abandonarle...

Jaime se sujetaba la cabeza con las manos. Miró a María Isabel, y en sus ojos vió la decisión irrevocable. Su voluntad de mujer fuerte había vacilado un instante, pero en el momento decisivo se había afianzado y no cedería ya. Ella le tendió una mano fría, de agonizante.

—¡Adiós, Jaime!—dijo.
—¡Adiós, María Isabel!
Y la vió alejarse dentro de su manto negro, sutil y rápida como una visión que se disuelve en la nada.



VI

Cuando María Isabel entró en su casa le faltaron alientos para llegar a su cuarto y se dejó caer en una butaca del "hall". El esfuerzo había sido atroz y la dejaba extenuada física y moralmente. Veía ante ella largos años, días interminables que irían pasando con lentitud abrumadora en aquella casa inmensa, de muebles y cortinajes suntuosos, y caldeada por esa calefacción central que no se ve, que no distrae y que suprime "el fuego del hogar". ¿No la mataría la pasión de ánimo? No. Su vida se mantendría del recuerdo. Su imaginación iba a desplegar todas sus artes para reconstruír, uno a uno y repetidas veces, todos los episodios de su amor fallido, de su pasión incompleta. Recordar, evocar. Sus soledades se poblarían milagrosamente con los fantasmas de su idilio, suaves fantasmas que vendrían a acariciarla con sus manos translúcidas y sus besos inmateriales... De pronto titubeó espantada. Había sentido que la mirada azul la penetraba y la vencía; "había sentido" los labios ardorosos de Jaime sobre los suyos... Y comprendió "que no podía volver a verlo", que era preciso que algo o alguien la alejase de él.

Seguía en la butaca del "hall", inmóvil, rendida



por la rapidez y la intensidad de sus pensamientos. ¡Y había pensado que pudiera salvarla la imaginación!

Sobre la alfombra sonaron los pasos discretos de un criado que cruzó detrás de ella para abrir la puerta.

María Isabel no sintió la menor curiosidad. Fuese quién fuese, nadie le traería la salvación o el motivo de vivir.

Un hombre muy alto, fuerte, de pelo gris y ojos obscuros y afectuosos, se acercó a ella sin quitarse el abrigo de pieles y con el flexible negro en la mano. Era Ricardo Márquez. María Isabel experimentó un alivio. Se había olvidado de Ricardo, del que podía salvarla y ser "la razón para vivir".

Se levantó y corrió a su encuentro. El la recibió en sus brazos. Y la tuvo así, llorando, con la cabeza apoyada en su pecho algunos instantes. La sostenía suavemente, mirándola con lástima profunda y noble, como un hermano mayor. Al mismo tiempo en sus ojos había un tenue fulgor de esperanza.

Sin dejar de sujetarla por un brazo, con la otra mano le tomó la barbilla, la hizo levantar la cara, inundada de lágrimas, y en una voz de amorosa compasión le dijo:

—Nena, María Isabel, tú no puedes seguir aquí... Esta tristeza, esta soledad acabarían por matarte... María Isabel, yo no te lo he dicho nunca, pero tú sabes que yo te quiero; mi amor es más cariño que pasión, pero es seguro y será constante... Yo te conozco, sé que tu alma necesita más para vivir que tu cuerpo... Mi vida, lo que soy, lo que tengo, todo está a tus órdenes... ¿Quieres ser mi mujer? ¿Quieres llevar un poco de luz y alegría a aquella casa

que clama por unas manos femeninas que le infundan vida? ¿Quieres, María Isabel?...

—Sí, Ricardo—respondió ella resuelta—. Tu mujer, tu hija, tu hermana, todo... Mi vida será tuya; te querré mucho, Ricardo. Serás feliz, yo te lo prometo... Lo mereces y serás feliz.

A Ricardo no pareció sorprenderle aquella decisión tan rápida de María Isabel, ni sospechó las causas que la impulsaban a ella. Y, gracias a ese poquitín de fatuidad que no deja de tener el hombre más discreto, creyó que María Isabel esperaba su declaración desde mucho tiempo antes, y que lo que él había creído amistad era amor. ¿Por qué no se había decidido antes?

Al través de sus lágrimas María Isabel leyó en los ojos de Ricardo. El no la acogía como una desencantada, por lástima y para consolarla, sino como a la mujer que lo esperaba todo de su amor y a la que era preciso hacer feliz...

Le dejaría en su creencia. Y el principal fin de su vida sería mantener aquel error de Ricardo, que lo haría dichoso.

* * *

Sus amores fueron tranquilos. Ella no tenía que buscar palabras empalagosas ni fingir apasionamientos. Hablaban como dos amigos, haciendo proyectos para cuando viviesen bajo el mismo techo y compartiesen las penas y los goces de la vida. Pensaban casarse en mayo, cinco meses después de la muerte de doña María.

Si María Isabel hubiese tenido un padre de verdad no habría necesitado buscar protección en Ricardo. Pero la indiferencia de don Luis era incurable. Al morir su mujer, pasado el novenario, llamó

a su hija a su despacho para anunciarle que se marchaba a su finca de Murcia, realmente finca de María Isabel. Tenía proyectada aquella excursión desde algunos meses antes y no se creía en el deber de renunciar a ella. María Isabel lo encontró muy natural. Lo que le extrañaba un poco era que se lo notificase, porque en vida de doña María, Alverola hacía la maleta y desaparecía, y ni la madre ni la hija se daban cuenta de su ausencia hasta cuatro o cinco días después, durante los cuales no habían sentido el ruido de su automóvil ni las pisadas del caballo de montar.

—Te he llamado para decirte que me voy y que pienso vivir entre Madrid y Murcia—le había dicho don Luis—, por si no te quieres quedar sola en el hotel y prefieres irte a casa de alguna amiga o buscar una señora de compañía.

María Isabel no pudo contener un ademán de orgullo. ¿Ir a casa de unos amigos? ¿Pedir consuelo de limosna? Nunca. Lo de la señora de compañía le hacía gracia. ¿Traer a su casa una de esas pobres mujeres que se creen en el deber, porque cobran, de no permitirse ni un dolor de cabeza y de sonreír siempre? ¿La señora de compañía, la madre o la tía de alquiler? Tampoco.

—No te preocupes—contestó con una sonrisa entre amarga e irónica—, vete tranquilo a Murcia y vuelve cuando te aburras de estar allí. Yo no necesito a nadie. Además, no estoy sola en casa: hay seis criados...

—Como quieras—respondió él, sacudiendo la ceniza del cigarrillo y sin prestar atención al tono sarcástico de María Isabel.

Ella salió.

Por lo tanto, su padre no sabía nada de su proyectado matrimonio con Ricardo Márquez, y ella no

creía preciso participárselo hasta el momento en que tuviese que pedirle el consentimiento legal, que estaba segura de obtener. Alverola lo daría encantado de verse completamente libre. Si se negaba, sería sólo por retardar la entrega de la herencia de su madre, y previniéndolo ella, de acuerdo con Ricardo, había decidido cederle la mitad de sus rentas. Esto se lo notificaría al mismo tiempo que su boda, un mes antes de la fecha designada por ella y Ricardo para su celebración.



VII

Jaime Irazábal aceptó su suerte con resignación estoica. Por las noches, sintiendo cerca de sí la respiración sosegada de su "legítima" esposa, de aquella mujer que era entonces el "obstáculo" y no había sido nunca la felicidad, recordaba su vida.

Su niñez y su adolescencia se deslizaron sin preocupaciones, en la opulenta casa paterna de Bilbao, donde vivió hasta terminar el bachillerato. En seguida comenzó en Bélgica, en un Instituto de Lieja, sus estudios de ingeniería civil.

Aquellos años de estudiante rico los repartió entre las matemáticas, los deportes y ciertos amorcillos sin consecuencias. Años en que se hizo hombre sin notarlo y en que comprendió que no era necio ni feo. Figuró entre los mejores de todas las clases, fué un excelente "medio" en el "fútbol", y, más en la parisina Bruselas que en la londinense Lieja, supo que sus ojos de soñador septentrional ejercían un poder sugestivo sobre las mujeres. E hizo uso de este poder...

Los vearnos eran otra cosa. Había que pasarlos en San Sebastián y tratar señoritas, lo que resultaba bastante soso.

El último año de su carrera fué menos frívolo, pero... más trágico. Durante aquel verano conoció a

la hija de un alto funcionario público. Era una muchacha de su misma edad, veintidós años; alta, arrogante, con el pelo y los ojos muy negros y una boca pequeña y de labios perfectos. Le gustó mucho, infinitamente más que la última modistilla que había dejado en Bruselas dándole un beso ligero, de hartura, y 500 francos para que se consolase.

Y sucedió lo previsto: una vez tratada, la hija del político le fué simpática; era alegre y sencilla, un poco frívola quizá, pero él no tenía más que veintidós años, y ella unos ojos muy lindos, un padre con altas influencias y una madre que practicaba a la perfección el arte de casar hijas.

Jaime cayó. Los dos primeros años de su matrimonio, con la novedad de la mujer bonita y el encanto de la casa propia, se deslizaron bastante bien. Su suegro le disuadía de que emprendiese negocios en que trabajase directamente. Los mejores pantanos y las carreteras más bien trazadas se hacían desde el Congreso. Jaime fué diputado, pero como no entrase en combinaciones y tomase el cargo "por lo romántico", su padre político torció el gesto. "Menos mal que tenía para vivir". Así era. No obstante, emprendió trabajos dentro de su profesión. Podía renunciar a la política, y no tardó en hacerlo radicalmente. ¡Ay, si también hubiese podido renunciar a su matrimonio! Pero... no era posible, "no tenía motivo"; ya no estaba enamorado de su mujer, pero no la odiaba ni encontraba insoportable la vida a su lado. No era celosa. Su modista, los vestiditos del niño, que nació a los cuatro años de matrimonio; la casa y las amigas la absorbían enteramente, sin dejarle tiempo para hacerle al marido escenas desagradables. Y él tenía una libertad completa.

Fuera de las horas de labor, su vida se deslizaba

vulgarmente entre el "club" y los teatros. A veces, en el barullo y la atmósfera sucia del "cabaret", junto a alguna belleza mercenaria y ante las sucesivas botellas de champaña, creía divertirse. Llegó a figurarse que la vida era "aquello". Y se conformó.

Pero un día encontró los ojos obscuros de María Isabel... Al principio se empeñó en creerla "una más", aunque algo que no sabía definir le decía que era la esperada, la soñada, "su ideal femenino hecho carne".

Comenzó deseándola... Después de haberle hablado durante una hora comprendió que era "la que se ama", la que se respeta, la que inspira, más que el amor-pasión, el amor-culto, que no había definido Stendhal.

Consideraba odiosa su superchería para acercarse a ella. Pero... era para acercarse a ella, y en la propia esencia de su crimen estaba su perdón. ¿Era el suyo un mal fin? ¿Un mal fin querer y querer sin ninguna esperanza voluptuosa?

Cuando ella supo la verdad, él no pidió sino indulgencia, y se resignó entonces y se resignaba ahora y se resignaría siempre. El Destino le había marcado como compañera un alma superior, inasequible para quien ya tenía las manos encadenadas por un deber.

Pero no podía resignarse a no verla nunca, aunque cada vez que la contemplaba sentía más violentamente su desdicha. Toda aquella gracia, toda aquella belleza podían haber sido suyas...

Pasaba por su casa sólo por experimentar el dolor de tenerla tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Un día la vió salir con un hombre; ella no le había visto y él procuró pasar inadvertido. Aunque joven aún, aquel caballero podía muy bien ser su padre. Los siguió a distancia.

Habían llegado a una iglesia modesta situada en una bocacalle. Ella se despidió de su acompañante con una sonrisa y entró en el templo. Sin saber por qué, Jaime tenía celos; dudaba de que aquél fuese el señor Alverola, conocía la indiferencia de éste para con su hija. ¿Quién podría ser? ¿Su novio? Rechazó en seguida la idea como absurda: no era posible que María Isabel lo hubiese olvidado. estaba seguro. No obstante, necesitaba saber quién era aquel hombre, y faltando a su palabra entró resueltamente en la iglesia.

De rodillas en un reclinatorio ante la imagen de Jesús crucificado, María Isabel rezaba, inmóvil, indiferente a todos los pequeños rumores de la iglesia. Jaime no se atrevió a perturbar su recogimiento. Esperó.

Un cuarto de hora después, durante el cual Jaime pudo meditar hondamente y adquirir ánimos para el sacrificio, se levantó María Isabel. Tranquila, con un resplandor en los ojos de resignación cristiana, no pareció sorprenderse de encontrarle allí. Le permitió acercarse, y serenamente le habló:

—Me alegro de encontrarte, sobre todo aquí... Debes de saber la resolución que he tomado... Me caso.

Jaime abrió mucho los ojos y quedó un momento sin poder hablar. Ella adivinó la confusión de ideas que sus palabras producían en aquel cerebro atormentado.

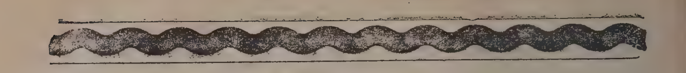
—Yo no he dejado de quererte, Jaime—continuó—. Este cariño mío no puede acabar sino muriéndome. Pero no podía seguir tan sola, le temía a nuestro amor, y el único modo de evitar la catástrofe era encadenarme yo, como tú... Una vez casada, el respeto a la honra de mi marido y el agradecimiento

al hombre que va a consagrarme su vida, podrán más que tú y yo...

El la miró en los ojos. La santidad del lugar daba a aquellas palabras un tono irrevocable. No quedaba esperanza.

Y se separaron sin que él hubiese pronunciado una sola palabra. ¿Para qué?...





VIII

Se acercaba mayo: el momento del sacrificio. El júbilo de la primavera infundía ánimos a María Isabel para entrar valerosamente en el camino que ella misma se había trazado, y en el que no habría esas flores de violenta belleza que embriagan los sentidos, sino tenues florecillas cristianas de resignación y humildad.

Dos días antes del designado por María Isabel para anunciar su boda a don Luis ocurrió algo novelesco. Un criado le presentó una tarjeta. Era de Jaime. La sorpresa la paralizó un instante, en que hizo un esfuerzo estéril para reflexionar. Después, maquinalmente, se dirigió al saloncito en que esperaba el visitante. Lo vió desde la puerta, pálido, con profundas ojeras amoratadas que hacían resaltar el azul de sus pupilas, y completamente vestido de negro. Dió unos pasos hacia él. Creía adivinar. Y en una voz anhelante le preguntó:

—¿Tu mujer?

Jaime respondió entornando los ojos:

—Sí.

Quiso abrazarla. Pero ella se opuso con un ademán.

—No; ahora, no. Todavía, no...

El asombro producido por aquella muerte retuvo

un instante la alegría de su corazón. Y ya apuntaba ésta en una sonrisa cuando una extraña sorpresa la hizo mirar a Jaime, fijamente.

—¿De qué murió?

—De ese tifus endémico de Madrid... ¿Qué has podido pensar, Dios mío?

—¿Qué sé yo? Es tan raro lo que ocurre...

—Y a mí me parece tan natural... Hoy la hemos enterrado.

—Pobre... Nunca le deseé la muerte... Me daba envidia y lástima... Ahora, lástima nada más...

Jaime se apoderó de las manos de María Isabel.

—Escucha—le dijo con pasión contenida—; no hablemos de "ella"... Se fué, nos dejó libres... Porque tú aun lo eres...

Le oprimía las manos.

—Sí—murmuró, amedrentada y dichosa, María Isabel—; todavía soy libre... y no he dejado de quererte...

Jaime respondió, como si descargase el pecho de una duda angustiosa:

—¡Qué alegría!

Tuvo que sentarse. Experimentaba un a modo de desvanecimiento: creía escalar una cumbre demasiado luminosa y aspirar un perfume demasiado fuerte...

—¿Te pones malo?—le preguntó ella, asustada.

—No... Ya ves...

Y sonreía, embellecido por la emoción. Entonces hablaron. Eran libres, sí—afirmaba ella—; pero debían esperar, acostumbrarse a aquella inesperada ventura, que era un regalo de la Muerte. Daba miedo aceptarla de pronto...

Jaime se inclinó. Aquellos escrúpulos de un alma delicada le complacían. Esperar algunos meses una ventura cierta, antes que un tormento sería un pla-

cer para su espíritu que había hecho un culto de su pasión.

Se despidieron sin muchas palabras, hasta que María Isabel hablase con Ricardo Márquez. Era una conversación difícil...

Pero Ricardo la quería tan desinteresadamente, que, al conocer su silenciosa tragedia, necesitó apenas unos segundos para reaccionar contra el amor propio y decirle:

—Tú merecías algo más que mi cariño tibio de desencantado. Hubiéramos sido dichosos; pero no como vais a serlo tú y él... Prométeme que me querréis los dos y que seré vuestro mejor amigo.

Y como cuatro meses antes, la sostuvo en sus brazos. María Isabel lloraba; pero ahora sus lágrimas eran de felicidad, de una felicidad que le parecía demasiado profunda y a la que no acababa de acostumbrarse.

* * *

Un mes después Jaime habló con don Luis Alverola, que no hizo la menor reserva, y declinó por pura pereza el honor de apadrinarlos.

Ya no había obstáculos ni trabas; todo se allanaba ahora ante el amor de Jaime y María Isabel

Iban a casarse en septiembre, al año justo de conocerse. Por respeto a la muerta, María Isabel se había impuesto aquel plazo. Quería congraciarse con el Destino: ser humilde antes de ser feliz.

El verano lo dedicarían a poner la casa. María Isabel, también por aquel respeto, no quería usar nada de la otra. Segura de su rectitud, y sin cuidarse de falsas conveniencias sociales, recibía a Jaime en su casa y salía con él a dar largos paseos, como los de la primera época de su amor, o a recorrer las tiendas de los ebanistas, de los tapiceros,

de los anticuarios, de cuantos habían de concurrir a hacerle un "home", que deseaba exquisito y personal.

En sus frecuentes paseos y diálogos con Jaime, sintiéndole cada día "más cerca de ser suyo", descubriendo a cada paso un nuevo matiz de su espíritu o un pequeño detalle de su belleza, María Isabel veía desprenderse a su pasión de sus cendales místicos, y, sin dejar de ser púdica, exaltarse en deseos muy humanos y de índole corporal. Y esto más la sorprendía que la avergonzaba. Porque si era lógico que desease al hombre a quien las leyes iban a darle pronto por esposo, no dejaba de ser cierto que su amor había comenzado por un camino de amargura del que, hasta entonces, había conservado el sabor. Al fin sentía en sus labios las mieles de la vida. Y hallábase deslumbrada ante aquellos horizontes voluptuosos que casi de repente acababa de descubrir.

—¡Ah, Jaime; me voy enterando de lo que es querer!

El reía sin fatuidad. El no había tenido sorpresas. Desde el primer instante la había deseado; pero no como a la otra, como a las otras, por apetencia o curiosidad, sino con el alma y los sentidos entrelazados en una pasión que repelía cuanto no fuese plenitud. Aquello era amor. Lo demás había sido aventura, devaneo, capricho; deleites fugaces y años de hastío, y de tristeza, y de no encontrar almohada para el corazón.

En las horas adorables que pasaban juntos, los labios de ella se ofrecían inconscientes; pero él hacía un esfuerzo y contenía los suyos: quería que aquel amor, por el que había luchado tanto, fuese completamente ungido por la gracia de Dios.

Aquellos diálogos de enamorados tomaban muchas tardes una apariencia familiar, "casi de S',

grada Familia", como observaba Jaime sonriendo. Era cuando llevaba a casa de María Isabel a su hijo: un chicuelo blanco y coloradote, que acababa de cumplir cinco años y tenía esa expansión ruidosa e incansable de los niños criados en la abundancia y con higiene. Era una criatura sana, linda y amable... Pocos niños son amables; en su mayoría son fierecillas con las personas que no conocen. El hijo de Jaime quiso a María Isabel desde el primer momento, y no tardó en saltar sobre sus rodillas para besuquearla y pedirle que le contase cuentos.

María Isabel "correspondía" a aquel amor. Era una verdadera suerte haberle caído en gracia al chico de Jaime, el cual, naturalmente, se parecía a él.

—Me quiere—le decía a éste—porque ya su corazoncito siente como el tuyo. Mira igual que tú. En todo, en todo se parece a ti...

El niño veía en María Isabel una amiguita grande, una hermana mayor, tan hermosa como las hadas de los cuentos o como las vírgenes de las estampas, que le contaba historias maravillosas y jugaba con él. El quería mucho a su "mamá", que se había ido al cielo; pero era una mamá que no jugaba nunca ni tenía tiempo de contarle cuentos. Sólo le daba un beso por la mañana y otro cuando se iba a dormir. Además estaba un poco gruesa, y si se sentaba sobre sus rodillas no podía pasar uno de sus brazos alrededor de su cuello y apoyar su cara en la suya, como hacía con María Isabel.

Sin embargo, Jaime no quiso decirle nada hasta la víspera de la boda, cuando lo llevó a la casa nueva para que la viese.

—Desde mañana vamos a vivir aquí—le dijo—, y María Isabel viene a vivir con nosotros.


=V. de S.=

El niño exclamó, palmoteando de alegría:

—¿De verdad? ¿Va a venir María Isabel? Y su cuarto, ¿cuál es?

Estaban en la alcoba nupcial. El lecho amplio, de una madera preciosa, con incrustaciones y suntuosamente vestido, se alzaba en el centro de la habitación.

—Este es—respondió Jaime.

—¡Qué lindo! ¿Y el tuyo?

—Este también.

—¿Este también?...—el niño reflexionó un instante—. Entonces, ¿ella va a ser como mamá? ¿No es eso?

—Eso es—contestó Jaime, mirando al niño para ver la impresión que le producía la respuesta.

El niño prosiguió, con su carita sonrosada radiante de júbilo:

—¡Qué alegría! La llamaré mamá.

Jaime levantó en brazos a su hijo y lo besó como no lo había besado nunca: creía tener en los brazos el hijo de María Isabel.

Cuando la vió más tarde le dijo:

—He llevado el niño a casa... Le he dicho que tú ibas a vivir con nosotros y se ha vuelto loco de contento. Te quiere casi tanto como yo...

Pero no le dijo que el niño había decidido espontáneamente llamarla "mamá". Quería que ella saborease la dulzura de la sorpresa.



IX

Y llegó al fin el día suspirado. A causa del luto de ella, y también la cercana viudez de Jaime, no se festejó la boda. Tampoco quisieron hacer ese viaje de novios, que es el más absurdo de los viajes, porque debiera realizarse no cuando comienza la ilusión amorosa, sino cuando se amortigua o lleva trazas de concluír.

El automóvil se detuvo. Jaime saltó a la acera y ayudó a bajar a su mujer. Tenían tanta prisa por saborear el primer instante de intimidad amorosa, que, desdeñando el ascensor, subieron rápidamente la amplia escalera de mármol.

Cogidos del brazo, él con el sombrero de copa en la mano y ella arrastrando por las alfombras la cola de su manto, recorrieron la casa. La habían arreglado juntos, y les parecía verla por primera vez. En cada habitación se detuvieron para soñar en voz alta.

En el despacho, de gusto español antiguo—maderas talladas y damascos rojos—, pasarían las tardes lluviosas del invierno, junto a la gran chimenea señorial.

El comedor, del más sobrio modernismo—laca


V. de S.

blanca y siluetas negras—; las comidas serían exquisitas, todas sazonadas con la sal del amor.

La alcoba... Habían llegado a la alcoba. En el centro se alzaba el amplio lecho, con una piel de armiño que le comunicaba suntuosidades de solio y purezas de altar.

Jaime dejó la chistera en una silla, y con manos temblorosas de emoción desciñó de la frente de María Isabel la diadema de perlas que sujetaba el velo de encajes: el perfume profundo de sus cabellos, que parecía haber estado contenido por el tul, se extendió como un flúido voluptuoso.

María Isabel sintió en los labios el contacto de una llama que la abrasaba gloriosamente. De pronto, los brazos que la estrechaban se aflojaron y la boca que ardía contra la suya se apartó bruscamente. María Isabel abrió los ojos, que el placer le había hecho cerrar, y tuvo tiempo de sostener a Jaime, cayendo luego con él sobre la alfombra.

El terror le oprimía la garganta. Arrodillada junto a Jaime, le tomó el pulso: no sintió en sus dedos el menor latido. Apoyó entonces el oído sobre su pecho: no respiraba... María Isabel había tenido unos meses antes el cadáver de su madre entre los brazos, y comprendió, aun queriendo rechazar la idea, que Jaime había muerto.

Pero, no; no era posible... Podía ser un ataque. Tuvo fuerzas para oprimir el botón del timbre y decirle al criado que se acercaba:

—¡Pronto! Vayan por un médico. El señor se ha puesto malo.

* * *

Esperó, sentada en el suelo y mirando como idiotizada la cara de Jaime, cuyos ojos, fijos y desorbitados, no se atrevía a cerrar por una débil espe-

ranza de que estuviese vivo, y por una idea extraña de que no hubiese concluído de mirarla aún. Otras ideas nuevas y atroces se agolpaban en su cerebro, atropellándose y escapándose cuando las quería asir. Su pobre cabeza le parecía tan pronto de nieve como de una substancia explosiva, próxima a estallar.

Entró el médico. Y después de reconocer a Jaime, respondió con un ademán doloroso a la pregunta muda de María Isabel.

—Señora—dijo luego, en una voz velada por el respeto—, tenga usted valor... Su marido ha dejado de existir...— Y profirió esto último a media voz, sin atreverse a mirarla, esperando un grito, una crisis nerviosa, algo...

Pero María Isabel permaneció inmóvil, absurdamente tranquila, y en un tono metálico y penetrante preguntó:

—¿Y de qué?

—De la rotura de un aneurisma... Este señor debió de sufrir mucho. Su organismo estaba minado y se sostenía por un milagro de la Naturaleza. Una emoción demasiado intensa, una alegría demasiado grande le acaban de matar.

María Isabel seguía la explicación del médico con los ojos secos y extrañamente inmóviles. Y volvió a articular como para sí misma:

—Y yo, ¿de qué estoy hecha que no he muerto también?

Entre el doctor y un criado extendieron el cadáver en el lecho, sobre la piel de armiño, y allí le cerraron los ojos. María Isabel seguía la escena con aquella tranquilidad trágica que nadie hubiese podido explicar.

El médico se acercó a ella:

—¿Habrá que avisar a su familia?

—¿Para qué?

—Para que se ocupen del entierro...

—¡Ah!...—respondió María Isabel—. Yo no tengo familia, ni él tampoco... Déjennos ustedes ya...

—Pero, señora; usted no puede quedarse así—insistió caritativo el médico.

—¿Yo? ¿Teme usted que me muera o que me vuelva loca? Tengo todas mis facultades. Gracias, doctor.

Y con actitud rígida, dentro de su vestido blanco, se colocó a los pies del cadáver.

El médico, al salir de la alcoba, murmuró al oído del criado:

—Vigile usted.

* * *

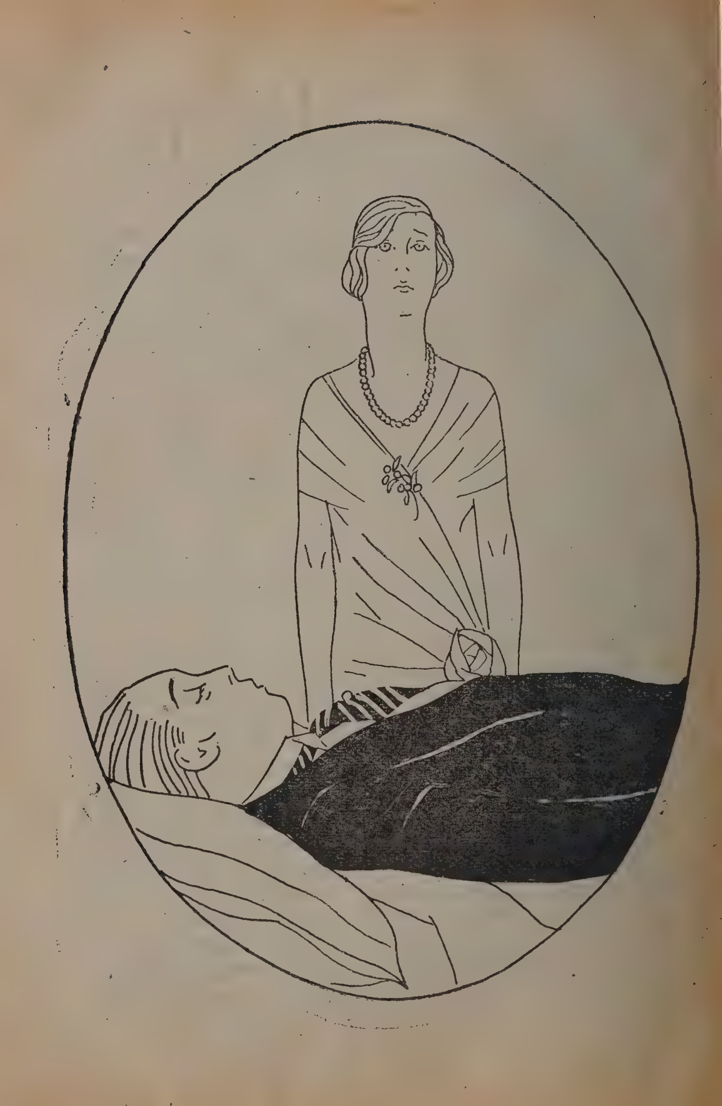
Había llegado la noche, y María Isabel continuaba en la misma actitud.

Los criados, no sabiendo a quién dirigirse, avisaron a los padres de la primera mujer de Jaime, que no estaban ofendidos por la boda de éste, y se prestaron a ocuparse del entierro.

Pero ni ellos ni los criados se atrevían a turbar el silencio de la cámara que debió ser nupcial y era mortuoria. Comprendían la inutilidad de un consuelo para aquella criatura, que seguía inmóvil, como petrificada en un éxtasis de dolor.

La doncella había encendido una lámpara de pie en el gabinete próximo, que extendía por las dos habitaciones una luz tenue y azulada. María Isabel había pasado aquellas horas como en una catalepsia consciente, como en un letargo de la materia que la impedía moverse, hablar y llorar; pero no pensar con una lucidez extraordinaria, cruel.

Como a la muerte de su madre, creía hallarse en un mar tormentoso y a merced de las olas, que por un extraño capricho la mecían sin anegarla. Pero esta vez no había salvación. Después de haber te-



nido los labios de Jaime sobre los suyos no podía ni querría unirse a otro hombre.

Pensó en la caridad. Tampoco. **No sabría poner** su abnegación en una persona cada día. Pensó en la clausura: en su alma había tanto amor, que, por mucho que le dedicase a Dios, siempre quedaría alguno buscando un asidero humano. Necesitaba querer a alguien, vivir por alguien.

Y, al mismo tiempo, su amor por el hombre que la hiciera sentir el gusto de la vida perduraba intacto, y perduraría abrasándose en su mismo fuego sin consumirse, y transfigurando con sus resplandores los seres y las cosas que la rodeaban. El corazón estaba salvado; pero ¡de qué modo! Era preciso convertir una pasión en un culto. Su viudez virginal debería consagrarse al recuerdo, vivir entre las sombras y las evocaciones de aquel ser adorable que estaba allí, junto a ella, rígido y lívido; pero "aún" visible, "aún" palpable, "aún" de ella y no de la Muerte, la traidora, que se lo había brindado con una sonrisa y se lo arrebataba cuando—calculó fieramente—iba a poner en sus entrañas un germen de vida y hacerla madre, madre, madre!...

—¡Oh, Muerte estúpida, por qué no permitiste que me dejase "otro él!" E imprecando a las fuerzas ciegas del Destino, se rodeaba el talle con las manos en un ademán de rebeldía impotente. Luego, hundiendo la mirada en la contemplación de Jaime, volvía a su rigidez hierática y alucinante.

* * *

Desde por la mañana no había tomado ningún alimento. No sentía necesidad ninguna; pero una sed ardorosa le abrasaba la garganta. Instintivamente se levantó, salió de la alcoba, atravesó atras habitaciones, sin fijarse en algunas personas que vela-

ban la tragedia, y llegó al comedor. De un modo maquinal vertió agua en una copa y la bebió ávidamente. En seguida emprendió el regreso a la cámara mortuoria, pero por distinto camino.

Sin saber cómo se encontró en una habitación que no había visitado por la mañana. A la claridad rosada de una pantalla de seda advirtió una cabecita rubia sobre una almohada. Era el hijo de Jaime; pero de otra mujer... Se acercó. Dormía y respiraba suavemente. Y era tan parecido a su padre este Jaime Irazábal que empezaba a vivir, que forzosamente sería como el que a pocos pasos suyos estaba muerto.

María Isabel se inclinó sobre el niño dormido y contempló, una a una, sus facciones nacientes. Buscaba la semejanza, la igualdad. Sí. Era otro Jaime. Lo veía en la frente anchurosa y recta, en la profundidad de los ojos, en el dibujo de los labios. De pronto creyó verlo "grande", hecho hombre como su padre.... hecho hombre, ¿por quién?

Y se inclinaba sobre la carita sonrosada cuando el niño abrió los ojos, de un azul diáfano, como los del muerto, y con una sonrisa de júbilo exclamó:

—¡Cuánto has tardado! Todo el día te estuve esperando, y luego la muchacha no me ha dejado salir de aquí... Pero ya no te marchas nunca, ¿verdad?—continuó alargando hacia ella sus brazos—. Ahora te quedas conmigo, porque eres mi mamá. Eres mi mamá, ¿no es cierto?

María Isabel observó entonces que un sentimiento nuevo y de una pureza deslumbrante aparecía en su alma. Y abandonó la cabeza entre los pequeños brazos que se le tendían ofreciéndole la razón de vivir.

—Sí, hijo—respondió—; me quedaré contigo, no nos separaremos nunca; pero ahora duerme, hijo de mi alma; ahora, duerme...

El niño volvió a cerrar los ojos, y María Isabel, temerosa de asustarlo con su llanto—que fluía bienhechoramente—, regresó a la cámara mortuoria. Y allí pudo llorar por el amor que le arrebataba la Muerte y por el que le traía como un regalo magnífico, entre sus manos yertas, que urden y cortan a su antojo el hilo misterioso de la vida.

María Isabel lloró hasta que unas personas aparecieron con el ataúd.

Alberto Insúa

SONETO

EN ELOGIO DE ALBERTO INSÚA

Pone en lo humano luz de lo divino;
y del viejo Sthendal sigue el consejo;
por ello son sus libros "Un espejo
paseado a lo largo de un camino".

Su estilo es joven, es alado y fino;
su experiencia en la vida, de hombre viejo.
Atrevido es su arte, mas reflejo
de lo real, jamás es libertino,

que nunca el vicio entre el placer encubre.
Descubre a Mary, y Mary nos descubre.
Halla En tierra de santos *puerta franca*

para hollar los umbrales de la gloria,
y allí conoce al negro de su historia:
El negro que tenía el alma blanca.

Mariano Tomás.

41

LA NOVELA DE HOY



EL REGALO DE LA MUERTE

POR

Alberto Insua

SUCES DE RIVADENEYRA (S. A.) MADRID